

dos y sus huestes en la frontera, Francia sin recursos y sin fuerzas, la República sin vida y sin esperanza, en momentos tan críticos y supremos, con las ruinas universales sobre sus espaldas, la muerte sobre sus cabezas, la deshonra sobre sus nombres, los convencionales fundan la Comisión de Salvación Pública, que toma en sus manos la autoridad revolucionaria, la dictadura gigantesca; y en ocho mil seiscientos decretos fortifica y surte ciento veinte plazas de guerra, improvisa y organiza once ejércitos, ahuyenta á los alemanes, ingleses, holandeses, vence á los facciosos, arma al pueblo entero; pero también siega las primeras cabezas de Francia, guillotina aquellos girondinos que resucitaban á Grecia en sus ideas y en sus discursos, descabeza la revolución descabezando á los dantonianos, establece la igualdad en la muerte, esclaviza por el terror los ánimos; y cuando lo ha segado todo y lo ha consumido todo, deja su patria á merced de la fortuna y de la guerra, con anhelo sólo de vida y de paz aunque fuera bajo las espuelas de un general y en el yugo de la servidumbre, pues el terror llevó al más increíble de los suicidios, al suicidio moral de un pueblo, que por conservar algunas horas de tranquilo sueño en el reposo aniquila su derecho y su alma. Entonces fué cuando el girondino Lassource pudo decir á sus verdugos: «Muero porque el pueblo ha perdido la razón; el día que la recobre, os matará á vosotros.» Entonces Danton, fatigado ya con el peso de su conciencia y de su vida, exclamó: «Prefiero ser guillotinado á ser guillotinator.» Entonces Camilo Desmoulins escribió: «Todos los días el delator sagrado é inviolable, entra en el palacio de la muerte.» Entonces Rœderer dijo á los jacobinos: «Después de haber traído por acusaciones feroces los juicios sin garantías, vais al cadalso sin previo juicio.» Entonces sucedió que una junta condenó al verdugo de Lyon, por haber cumplido fielmente la justicia revolucionaria y vino á matarlo su propio hermano, antiguo auxiliar suyo, verdugo de

la circunscripción del Ysiere, verdadera y terrible imagen del terror.

¿Cómo en nuestro tiempo se quería resucitar esa barbarie? París entero se aterró. El espectro rojo tomó forma, y se paseó ante todos los ojos espantados, y todas las inteligencias atónitas. El terror fué general. La emigración comenzó á dejar á París en el más triste abandono. Jourde, ministro de Hacienda ó delegado como se decía entonces, notificó á la Comunidad que no podía continuar en su cargo á causa de haber imposibilitado las recaudaciones, los tributos, el crédito, la funesta denominación tomada por el gobierno. La seguridad individual perdió toda ánora. El domicilio quedó más espuesto á todos los asaltos y á todas las violencias. Subió la anarquía á las regiones mismas del gobierno. Los derechos individuales se vieron cada día más burlados. La prensa independiente acabó de fenecer á los tiránicos golpes de aquel despotismo, el peor de todos los imaginables, el despotismo demagógico.

Los elegidos, además de Pyat, Delescluze y Gerardin, para componer la Junta de Salvación Pública, fueron Arnaud, Mellier y Ranvier. El primero, Arnaud, era un empleado en las sociedades de ferro-carriles que alcanzó renombre revelando misterios de su gestión. Miembro de la Internacional, siguióla en todas sus fases y le prestó extraordinarios servicios en todas sus grandes crisis. Así, desde el cuatro de Setiembre conspiró contra el gobierno de la República, perteneciendo primero á la Comisión central de los Guardias nacionales, y después á la Comunidad revolucionaria. Bajo de estatura, su rostro se oculta sigilosamente tras espesa barba, su mirar tras grandes anteojos, su pensamiento tras catoniano silencio, su corazón tras aparente indiferencia y frialdad. Sus amigos le creyeron verdadero estadista cuando en realidad sólo era avieso fanático. Magnetizador de afición, y místico de ideas, estas particularidades añaden misterios, tanto á su inte-

ligencia como á su carácter, y por lo mismo, prestigio á su persona. Meillet, otro de los elegidos, era antiguo profesor de colegio, y escribiente de juzgado ó escribanía, de donde pasó á parroquiano de los clubs, muy propios para el lucimiento de su elocuencia meridional y para el desarrollo de su jactancia política. Durante el sitio fué uno de los conjurados más activos, de los perturbadores más perseverantes, de los revolucionarios más audaces. Acarició la esperanza de pertenecer á la Asamblea nacional, y tuvo que contentarse con la seguridad de pertenecer á la Asamblea revolucionaria. El radicalismo de sus ideas se extremaba siempre en las violencias de su temperamento, y llevándolo desde las filas de los más exaltados al seno de la Junta de Salvación Pública. El último, Ranvier, alto, flaco, demacrado, pálido, pintor admirable en lacas, había pasado la primer parte de su vida en el ejercicio de tranquilo trabajo y en el regazo de adorada familia, cuando inmerecida desgracia material, la copia de ajeno dibujo por uno de sus oficiales más diestros, le trajo á un proceso, del cual resultó condenado, y en quiebra, arrastrándole tamañas desgracias á esas violencias de ideas y de carácter que explican su misterio en la Comunidad, su fé en la revolución, el color rojo de sus utópicas ideas, de sus extraviadas pasiones.

Pero ¿qué resultado dieron todos estos fanatismos, todas estas exaltaciones? El mismo que había dado la Comisión ejecutiva, la Junta de delegados, todas las formas revestidas por el Poder Ejecutivo en la Comunidad de París. El uno ó el dos de Mayo se había fundado la Junta de Salvación Pública; y el nueve ya le reclamaban á una en la Comunidad su renuncia. En vano se refundió de nuevo el gobierno; en vano afirmó y confirmó su nombre de Salvación Pública; en vano expulsó á unos y admitió á otros comuneros; en vano se deshizo de Pyat y Meillet para unirse á Gambon y Eudes; nueva forma del

Poder Ejecutivo no valía más, no significaba más que las anteriores. Gambon, demócrata antiguo, redactor de periódicos literarios en su juventud, abogado de nota, juez suplente un tiempo, que prefirió larga suspensión de seis años á consagrar brindis á Luis Felipe, diputado de la extrema izquierda en la segunda República, acusador del Presidente con motivo de la malhadada expedición á Roma, revolucionario de acción en protesta contra aquel crimen juntamente con Ledru Rollin, allá en el conservatorio de Artes, recluso primero en las cárceles públicas, y expulsado luego de su patria, volvió después de la primera amnistía y resucitó dos veces en la opinión su nombre; una al negarse al pago de los tributos imperiales dejando que le vendieran sus establos y sus vacas, otra al ingresar en la Comunidad revolucionaria para confundirse con los más exagerados y violentos en aquella obra, pábulo á la reacción, ruina y vergüenza del pueblo. Eudes, otro de los elegidos, era como ya sabemos general, y general derrotado á los veintiseis años. Pero antes de ser general había sido farmacéutico, corrector de pruebas y taquígrafo, oficios todos bien diferentes, y que acusan en él una especie de carácter americano tan tenaz en el trabajo como cambiante en las vocaciones. Por el estío de 1870, en lo más recio de la guerra, próximo el sitio, recientes las derrotas, Eudes capitaneó el grupo que, para apoderarse de algunas armas, asaltó un puesto de bomberos, y asesinó algunos de estos pacíficos soldados que en vez de atizar incendios, los apagan. Acusado, se defendió lleno de entereza y calor, contra la imputación de complicidad con los prusianos y dijo: quitadme si os place la vida, pero no me quiteis la honra. Conspirador perpétuo, rebelde el treinta y uno de Octubre contra el gobierno de la defensa nacional, colaborador del periódico de Blanqui, miembro de la Comunidad, comandante de fuertes, general de división, más audaz que afortunado, no supo ganar la vic-

toria con sus violencias, y de sus muchos trabajos y titánicos esfuerzos recogió tan sólo una larga cosecha de desastres y derrotas, que entregan su nombre á un mismo tiempo á la compasion y al vituperio.

Aun no estaba reunida la nueva Junta, y ya disentía en el concepto de sus facultades y de sus atribuciones. Unos querian que se nombrara delegado civil de la guerra, y otros delegado militar; unos que se tocara á rebato con nuevas proclamas, y otros que se recurriera al silencio; unos que se vigorizara el terror, mientras otros aun vislumbraban esperanzas de conciliacion. Lo que sucedia en los conciliadores, por una repeticion de los mismos fenómenos en las mismas crisis de la historia, era que apocados de ánimo, débiles de carácter, por temor á los peligros inmediatos, dejaban aglomerarse rudamente sobre sus cabezas el gran peligro, el diluvio de todos los males.

Lo cierto es que, en aquel momento, la violencia lo sobrepujaba todo, y conducia á todos los extremos. La Comunidad, la Asamblea, desapareció por completo en la Junta de Salvacion Pública nuevamente modificada. El principio de discusion quedó herido ante las necesidades supremas del momento. Una dictadura inmensa, que hubiera podido ser omnipotente á tener las dos condiciones esenciales de la dictadura, autoridad y fuerza, se elevó sobre aquella tierra donde se abrían tantos cráteres, bajo aquel cielo donde tronaban tantas tempestades. El gobierno de París, invocando otros principios, iba en el camino de la represion y de la arbitrariedad tan lejos como el gobierno de Versalles. Y para ser más traidor á su origen, y más contrario á su ideal, apartábase por completo París de todas las tradiciones parlamentarias y se entregaba á las voluntariedades de una dictadura de la plebe personificada por tres ó cuatro demagogos de profesion, cegados hasta no ver el abismo sin fondo á que fatalmente arrastraban la República.

A cada una de estas determinaciones supremas, de estos supremos esfuerzos, la Comunidad quedaba exhausta de fuerzas, porque se dividia en fracciones irreconciliables, y cada una de estas fracciones se llevaba un fragmento de su crédito, y con este fragmento de su crédito un pedazo de su vida. Los enemigos de que la Asamblea perdiera parte tan grande de su poder y de que la dictadura tomara tan desmedida fuerza no se contentaron únicamente con votar en contra; dieron muestra de su disgusto con la publicacion de enérgica protesta. Segun su espíritu y su letra, veintiu comuneros abandonaban el salon de sesiones y no volverian á tomar parte en los trabajos de la Asamblea suicida, consagrándose á llevar la gerencia administrativa de sus diversos distritos municipales y á confundirse en las filas de la Milicia Nacional. A estas protestas de la minoría contra la mayoría siguió un voto de la mayoría contra la minoría, voto acre de censura. Es imposible calcular la fuerza de descomposicion que reinaba en la Comunidad revolucionaria. Todo aquel que bajaba del poder, se convertia en enemigo irreconciliable de todo aquel que subia. Las improvisaciones tentaban la ambicion escandalosamente con la más funesta tentacion, ¡ay! con la tentacion del ejemplo. Formábanse fracciones y más fracciones, muchas veces al calor de las ideas, otras al juego del capricho ó de las individuales pasiones. Los enemigos irreconciliables ayer, se unian hoy en una misma aspiracion; y despues que se habian insultado hasta deshonorarse, confundian sus nombres deshonorados al pié de unas mismas protestas. No habia ya ni norte, ni brújula, ni disciplina, ni rumbo; cada dia la ola montaba más y más hasta sobre la cubierta de aquella nave desmantelada y casi deshecha.

Forzosamente á estas descomposiciones que traian debilidad tan profunda, siguieron las enfermedades naturales en todos los débiles, siguieron las violencias. La dictadura supri-

mió los periódicos más importantes sin excluir las Revistas más científicas; negó á todo el mundo la facultad de fundar periódicos; entregó los artículos contra el gobierno á la jurisdiccion de los consejos de guerra; dilató la responsabilidad personal y criminal hasta los impresores y los regentes de las imprentas; elevó la mano de los policiaicos á la categoría de prévia y absoluta censura. El error fué tan manifiesto, la violencia tan grande, la arbitrariedad tan monstruosa, que parecia renacer el Imperio con sus comisiones mixtas, sus pretorianos ébrios, sus esbirros corzos, sus tramas contra la palabra y contra la prensa. Enrique Rochefort, herido en sus más íntimas creencias y en su profesion de publicista, escribió la siguiente carta á los periodistas sus colegas: «Señor redactor, os quedaré por extremo agradecido si teneis la bondad de noticiar á vuestros lectores que, en vista de la suerte infligida á la prensa, *Le Mot D'Ordre* no cree propio de su dignidad continuar en su publicacion. Salud y fraternidad.— Enrique Rochefort.» Ya no hubo un sólo periódico enemigo de la Comunidad revolucionaria. Se palpaban materialmente las tinieblas. Reinaba ese silencio precursor de la muerte. Los tiranos nuevos, como los antiguos tiranos, sólo osan la reconvencion de sus remordimientos. En nombre de la libertad se habia crucificado el derecho; en nombre de la soberanía popular se habia oprimido con escandalosa opresion al pueblo. La demagogia y el cesarismo llegaban en la práctica á una ecuacion espantosa.

Tras de la prensa hubo necesidad de suprimir los derechos individuales más preciados, el derecho sobre todo á la inviolabilidad del hogar. Los ciudadanos fueron numerados como los ganados en el aprisco y como los esclavos en la ergástula. Cada cual tuvo deber de buscar una papeleta que atestiguase

su filiacion y su rango en la Guardia nacional. La falta de este documento equivalia á la prision inmediata. Los comisarios de policia estaban encargados de contar los ciudadanos como los agentes del fisco romano hacia la capitacion, como los agentes del Imperio ruso el recuento de los siervos. Los ciudadanos estaban facultados para celarse, para perseguirse, para detenerse unos á otros, como si todos se hubieran convertido en esbirros: que desde las exageraciones de la libertad se cree siempre en esas profundas é irremisibles miserias. Los más furiosos, los siniestros personajes de las últimas horas y de las últimas catástrofes surgian rodeados de sus cohortes de esbirros á sembrar el terror, y á invocar á la muerte ménos temible que aquella inmensa vergüenza. La demencia llegó á la expedicion de la siguiente orden: «Se invita á los habitantes de París á que vuelvan á sus domicilios en el término de cuarenta y ocho horas. Pasado este plazo, sus títulos de renta del Gran libro serán quemados.»

Esta fué la dictadura del terror; pero tambien la dictadura de la impotencia. A los pocos dias habia caido en la misma esterilidad que las formas anteriores del poder ejecutivo. Entonces apareció como no podia ménos, un nuevo poder, el alfa y la omega de este Evangelio del comunismo, el principio y el fin de esta revolucion, el que la habia iniciado el diez y ocho de Marzo y el que debia enterrarla á fines de Mayo, la Asamblea funesta de los irreconciliables, de los intransigentes, de los demagogos, la comision central de los guardias nacionales sin ningun título de legitimidad, y que venia á cerrar con la terrible catástrofe del desastre la catástrofe de este funestísimo levantamiento, desgracia de la República, falsificacion de la democracia, ejemplo eterno para los fundadores de la libertad en el mundo.